

Buenos Aires no aplicó una auténtica política de colonización porque el poder de la clase terrateniente lo impidió. Sólo se trató de colonizar ciertas áreas suburbanas de los pueblos de la campaña (de igual modo como lo disponían antiguas leyes españolas), estableciendo zonas ejidales dentro de las cuales se permitía la agricultura. La explotación de estos ejidos "proporcionó las únicas cifras en materia de cultivos, hasta el advenimiento de la era agraria, de la agricultura extensiva, practicada a pleno campo". "El motivo principal de las leyes de ejidos, sin embargo, no parece haber sido la necesidad de extender o generalizar la práctica del cultivo agrícola, ni de radicar inmigrantes, sino crear el mayor número posible de centros de población en las extensiones desiertas que facilitarían el avance de la ganadería...". Vale decir, que a diferencia de lo que ocurre actualmente, en el Buenos Aires de la segunda mitad del siglo pasado, EL CAMPO ORGANIZABA Y SUBORDINABA A SUS NECESIDADES EL PROCESO DE URBANIZACIÓN.

Luego de 1870 y especialmente después de la campaña del desierto, se hicieron intentos para establecer una política orgánica de colonización con inmigrantes (Ley de 1876), para evitar que pasaran a engrosar la población de las ciudades creando problemas sociales desconocidos en el país; pero el fracaso se presentó nuevamente. Las tierras, vendidas al mejor postor, necesariamente fueron adquiridas por los ganaderos, con la única excepción de la colonia ruso-alemana de Olavarría.

En la década del 80 comienza la inmigración masiva y la expansión agrícola que tropiezan con la fuerte oposición del tradicional grupo ganadero. El inmigrante, privado de acceder a la propiedad territorial, fue empleado en desarrollar la agricultura como peón o arrendatario en la inmensa pampa latifundista.

Como conclusión, afirma Bejarano que "en las zonas rurales la aristocracia terrateniente pudo conservar en sus manos el dominio territorial...".

De la lectura de este artículo inferimos claramente que la inmigración —idealmente destinada a "poblar el desierto"— fracasó en su propósito. No logró romper la estructura agraria tradicional, toda vez que su gran aporte —la agricultura extensiva— sólo pudo progresar subordinada a la ganadería, manteniéndose intocable el latifundio. Ese fracaso determinó la temprana urbanización del país sentando las bases del despegue industrial en la década del 30. Pero al hecho positivo de la industrialización, debemos oponer otro no menos importante, pero negativo. En efecto, la industrialización es positiva considerada sectorialmente, en cuanto contribuye a diversificar la estructura económica preexistente en el país, modernizándola. En otras palabras, la industria constituye un sector independiente, capaz de generar un crecimiento autosostenido, que en parte logra romper el antiguo esquema de la división internacional del trabajo. Pero en una consideración de tipo espacial, el hecho urbano en la Argentina y su consecuencia industrial resulta negativo. Creemos que este hecho, acelerado por la inmigración rechazada por la clase terrateniente, generó el actual desequilibrio demográfico y económico que tan visiblemente afecta las diversas regiones del país. Y la postura de la clase terrateniente de la Provincia de Buenos Aires, tan bien explicada por Bejarano, no es ajena a este vital problema argentino.

Diferentes investigaciones incluidas en este libro, tienen especial valor para la formación de los geógrafos, especialmente, "El boom argentino ¿una oportunidad desperdiciada?" por Roberto Cortes Conde; "Santa Fe en la segunda mitad del siglo XIX. Transformaciones en su estructura regional", por Ezequiel Gallo y "Desarrollo industrial y sector externo", por Aldo Ferrer. En mérito a la brevedad no nos extendemos sobre ellas, pero nos permitimos recomendar el estudio de toda la obra, aún de los trabajos estrictamente históricos o sociológicos.

En síntesis, la Editorial Jorge Alvarez ha presentado una obra bien pensada y mejor lograda que, repetimos, aunque no es geográfica, pueda constituir un excelente campo de formación e información para los estudiosos de la geografía.

RODOLFO ALBERTO RICHARD

HORACIO C. E. GIBERTI, *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachete, 1970, 217 p.

La ganadería no solo fue factor de gran importancia en el desarrollo argentino, sino también, causa de la estructura económica. Buenos Aires se transforma con la evolución de la economía pampeana. La independencia política le impone nuevas

formas productivas, nuevas líneas de gobierno, y termina por dar su visto bueno a la agricultura que complementa al quehacer ganadero.

Desde mucho antes del 1600 hasta bien entrado el siglo XX, se destacan seis períodos en el proceso económico de la ganadería: 1) Difusión del Ganado (Hasta 1600); 2) Las vaquerías (1600-1750); 3) La Estancia Colonial (1750-1810); 4) El Saladero (1810-1850); 5) La Merinización (1850-1900); y 6) El Frigorífico (1900 en adelante). Cada etapa constituye un paso en la evolución económica, de características propias, y cuyas huellas recortan sensiblemente la vida nacional.

La difusión voluntaria e involuntaria de los primeros animales en la región pampeana, poblada en un comienzo por tribus nómadas, sin sentido de la propiedad territorial, permitió el asentamiento definitivo de la población española. Y el ganado "cimarrón", muy pronto, se transforma en la base de un comercio legal o clandestino. Rápidamente, este ganado se reduce, hasta el punto de que, de la abundancia casi ilimitada, se pasa a un período de restricciones (1700-1750). Comienza el ocaso de las vaquerías (verdaderas expediciones de caza del ganado disperso) y nace la estancia colonial, con grandes ganados vacunos sujetos a rodeos, etapa superior en el desarrollo pecuario del país. La explotación de vacunos en estancias facilitó un aprovechamiento algo mayor de la carne, hasta entonces desperdiciada, utilizando el sebo y la grasa. Comienza así, un proceso de beneficiamiento que habría de llevar más tarde al salado de la carne en la misma estancia, para dar paso luego, a la verdadera industria del salado en establecimientos urbanos o semiurbanos. Rápidamente, los saladeros se constituyen en entidad industrial, independientes de la estancia, con vastas proyecciones económico-sociales.

Luego de Caseros, el país se apresta a incorporar la tan ansiada inmigración europea. La estancia orientada hacia el saladero se recobra ante el desarrollo lanar, que prontamente desplaza al ganado vacuno. Es entonces cuando la vieja estancia colonial, formada en campos abiertos, sufre una profunda transformación: surge el alambrado que delimita su perímetro y la convierte en dominio verdaderamente privado. La oveja obliga al cercado, única forma de garantizar la explotación del merino proveedor de lanas para los telares europeos.

Cuando el vacuno parecía marchar al olvido irremediable, los frigoríficos empiezan a hacerle ganar terreno. Junto con una rápida "desmerinización" comienza una exportación de ganado bovino en pie, que decae en el albor del siglo XX, dando realce al congelamiento de carnes, los frigoríficos imponen el precio al productor y se aseguran los mayores beneficios. El advenimiento de la carne enfriada impulsa al mejoramiento de los novillos, dadores de carne más apta, lo que restablece antiguas prioridades vacunas, y, esta vez, es al ovino a quien corresponde emigrar hacia zonas más lejanas, hacia la Patagonia.

Hasta aquí, la *Historia Económica de la Ganadería Argentina*, con un amplio conocimiento bibliográfico y renovada erudición, constituye una obra amena e interesante, y un aporte utilísimo para obtener un conocimiento global profundo de la historia pecuaria argentina.

RAÚL LÓPEZ ALBORNOZ

DEMATTEIS, G., *Rivoluzione quantitativa e nuova geografia*, Torino, 1970.

Cuando Hettner expresó que "las divisiones de las ciencias y la problemática de cada una de ellas, no son arbitrarias sino que derivan de las necesidades propias de cada época, de sus conocimientos y sus tendencias" destacó la estrecha relación entre el pensamiento y su tiempo, relación que una vez más se ve corroborada por la actual crisis de la Geografía la cual, como afirma Dematteis, no es en el fondo otra cosa que el reflejo de la situación que vive el mundo actual: la coexistencia de intereses científicos y humanísticos. Es éste el problema que Dematteis considera en su ensayo con un claro planteo lógico. Después de analizar en sí el método de la corriente teórico-cuantitativa y las contradicciones que lleva implícito, pasa a considerar su posible utilización de acuerdo con las exigencias contemporáneas, para concluir en su confrontación con la corriente tradicional al mismo tiempo que intenta llegar a descubrir el modo en que esta nueva tendencia se puede incorporar en la ciencia sin distorsionar la esencia.